

# PERFIL

## Sobre El Guerrero Amable

**La vida es un río que respira y late muy dentro de nosotros. Ver la vida en cada taza de té, en cada amanecer o en cada río que decidimos cruzar o no cruzar es lo que nos hace ser potencialmente “cruzantes” o “guerreros”. Pero el cruce de este tipo de guerreros, de estos “guerreros del cruce”, se basa en que no cruzan ni luchan con violencia ni con la fuerza de su voluntad, sino usando solamente como arma y como escudo el arte de la *amabilidad*.**

La forma del guerrero amable es la no-forma. De la posición de *guerrero* surge “el no ceder” (o lado activo o creativo *yang*), y de la posición de *ser amable*, “el ceder” (o lado dócil o receptivo *yin*). En cada evento de la vida hay un momento para “hacer” y un momento para “no-hacer”. Un tiempo para ceder, para soltar y *dejar que sucedan las cosas* y un tiempo para insistir, para tomar las riendas y *hacer que las cosas sucedan*. El Arte del Guerrero Amable consiste precisamente en comprender la naturaleza de cada uno de los eventos que estamos transitando y alcanzar el punto exacto en el que, sin pensar y sin buscar, se puede “saber hacer” y “saber no-hacer”; lo que en el zen se conoce como *Wu Wei*, el arte de “hacer sin hacer”.

La posición del guerrero amable está condensada y resuelta en la figura del *cruzante*. En el Cruzante hay dos lados bien marcados y definidos, que es el lado yang y el lado yin, con la consecuente posibilidad de “hacer” o no-hacer”. Solo de la no-forma y de la capacidad de adaptarse a todas las formas puede surgir la virtud de poder-saber, es decir, saber cuándo es momento de “hacer” y “no ceder” y cuando es momento de “ceder” y “no-hacer”.

El hombre que es en sí mismo un luchador se le llama “guerrero” (sea hombre o mujer). El guerrero del que hablamos aquí jamás es una persona violenta o agresiva. Por el contrario, es un ser que se haya impregnado o imbuido por el espíritu de la amabilidad, que es la forma “sin forma” con la que el guerrero logra despojarse de todas las formas con formas en las que se haya atrapado y conformado. El concepto “amable” es el que mejor

representa la forma amorfa de su carácter y al mismo tiempo es la metáfora perfecta que permite al guerrero expresar en sus actos la fórmula del *Wu Wei*, que es el arte de “pelear sin pelear”. Este es su modo *amable* de enfrentar las situaciones y pelear (o mejor dicho, *luchar*) en la vida.

El guerrero amable domina un arte sutil: para él la verdad siempre se insinúa, pues lo sugerido es mucho más efectivo que lo explícito. Por eso nunca se debe confundir la amabilidad con la debilidad. Él utiliza la amabilidad para luchar solo contra su propia ignorancia, conocerse a sí mismo y volverse invencible.

El guerrero amable elabora la docilidad de su semblante inspirado en la naturaleza de la brisa y la naturaleza del bambú. La hoja de bambú es la que mejor representa la imagen del perfecto equilibrio; la sabia y armoniosa alternancia entre el elemento yin y el elemento yang. Así el guerrero amable cultiva a imagen y semejanza del bambú la flexibilidad de su carácter, siendo en su interior “firme, pero no rígido” y en su exterior “suave, pero no blando”. La naturaleza interna del guerrero lo lleva a poder inclinarse *amablemente* frente al soplo de una suave brisa. Y esta misma capacidad para “saber adaptarse a las diez mil situaciones” es la que le permite no quebrarse ante un viento poderoso o repentino, y pasada la tormenta, volver a enderezarse y adoptar su posición original. (Esto es lo que descubren ahora los psicólogos y llaman “resiliencia”).

Un guerrero cada vez que toma una decisión va siempre hasta el fondo de las cosas. Insiste, persiste y resiste, y nunca pero nunca desiste en su propósito de sostener el deseo que ha tomado y, sin embargo, pese a esta intención inflexible y soberana que lo empuja todo el tiempo, es como el junco, se dobla, pero siempre sigue en pie.

El espíritu del guerrero amable está hecho para *luchar*; ganar o perder son solo consecuencias del acto de luchar, carentes de importancia. El guerrero da lo mejor de sí cuando se entrega a cada batalla como si fuera su última batalla sobre la tierra, y luego se calma, descansa y aguarda los resultados.

Por lo tanto; la virtud más grande y apreciada del guerrero es este “ser amable” que expresa la esencia de su calmo y suave temperamento. Se trata pues de una apariencia tomada de la naturaleza del bambú, cuya función es la de saber inclinarse a tiempo y con docilidad; saber ceder

“con amabilidad” ante la fuerza del viento, la nieve o la lluvia, para no quebrarse bajo su peso y luego regresar a su posición original. La sabiduría del bambú encerrada en su “amable” proceder nos demuestra que no hay un modo definido de cruzar los ríos de la vida, sino la idea de saber adaptarse al curso de las situaciones que nos toca atravesar. Todas las teorías que se esgrimen sobre cómo superar los obstáculos que el río nos presenta tienen una debilidad y vuelven al cruzante que las practica un autómatas insensible, atrapado en la ciega imitación de formas y conductas estipuladas que son artificiales, ineficaces y vacías.

La adaptación, la anticipación, el uso correcto de las fuerzas y las oportunidades y su constante empeño por “*amabilizar* sus actos” forman parte del cuadro de situación, donde un guerrero puede expresar mejor su deseo de cruzar y conquistarse a sí mismo.

El cruce del guerrero *amable* (de *amar* y de *hablar*) comenzará cuando sea realmente “amable” y “hable de lo que ama”. Un guerrero verdaderamente amable pone en acto la letra que lo representa cuando “es amable con el río” y “ama lo que cruza”. Este es el modo en que el sujeto del acto de cruzar se hace uno con el río y con el deseo que lo empuja siempre hacia adelante, hacia La Gran Orilla, la Orilla de La Realización.

Esta vieja y olvidada virtud de ser *amable* con la vida encuentra sus raíces en la misma palabra que se habita, pues “amable” es un calificativo que hace del guerrero un ser digno de ser aceptado o “amado” por el río. La acción amable del guerrero es el acto de ser respetuoso, solidario y cordial con el río que lo cruza, pues la amabilidad es la inclinación afectiva de “dejarse cruzar”. La palabra hace referencia al carácter del guerrero y a un modo de ser específico que resulta agradable al río y a las personas. El comportamiento gentil y generoso es lo que lo lleva a adoptar una posición de no-confrontación con esa fuerza poderosa e invencible que rige sobre él durante el cruce.

La verdadera amabilidad es la que nace de manera espontánea y natural, sin ningún tipo de interés o de intensión subrepticia de conseguir algo por su intermedio. Por eso es la virtud ideal del cruzante o guerrero espiritual, pues es evidente que un individuo egoísta o narcisista está lejos de ser amable.

La amabilidad de un gran guerrero siempre es poderosa; ya que con una seguridad interna, firme como la roca, siempre logra que los que están a su alrededor retrocedan sin que él utilice amenazas o violencia para lograrlo. Un hombre así es consciente de que puede derribar al otro, pero en lugar de ello, maneja una situación de agresión de una manera madura, pacífica y responsable, permitiéndole al otro que salga ileso y se vaya.

La esencia del espíritu guerrero es jugarse la vida con cada decisión. Su virtud más importante es la de avanzar siempre hacia adelante, resuelto y mentalizado a enfrentar la situación que le toca vivir en el momento, sin pensar ni especular sobre las consecuencias que vendrán.

Después de aceptar la derrota y aprender a morir, el guerrero amable prosigue sabiamente con su cruce a la vera de las sombras, luchando en silencio y muy discretamente, renovando el aliento y la esperanza con los nuevos desafíos que el río le presenta.

Un guerrero amable se mantiene siempre relajado en un duelo de titanes. Y su mayor virtud es haber forjado la ductilidad de su temperamento sobre una sabia combinación de firmeza y suavidad (el yin y el yang del bambú) en cualquier circunstancia. Según la ocasión, puede mostrar su fuerza, pero sin utilizarla. Aunque su mayor poder se encuentra a todas luces en la fuerza invisible de su amabilidad.

El guerrero amable no teme morir, por eso va al río a buscar claridad y a templar su espíritu indócil, aunque hay veces en que un guerrero puede encontrar la muerte durante su cruce. Este final es natural, es parte de la vida, por eso el guerrero no debe temer a la muerte, pues encontrar la muerte en el último cruce es también una forma de encontrarse a sí mismo en la muerte, tal y como lo ha hecho antes en la vida.

El guerrero amable no cree en ninguna clase sistema o método posible que le enseñe a vivir o a cruzar su río, porque verdaderamente no existe tal tipo de conocimiento. Sin un sistema, sin un método, ¿qué se puede enseñar? Un guerrero amable aprende a cruzar su río interior sólo cuando encuentra la causa de su ignorancia, la misma ignorancia que le impide llegar hasta su meta y conocerse a sí mismo. Por eso sabe que no existe otra ayuda que la autoayuda. De esto surge su permanente necesidad de motivarse y buscar todo el tiempo oportunidades.

El guerrero sabe que no se sale de la oscuridad combatiendo contra ella, sino buscando la iluminación, amablemente. Y mientras otros descansan, se divierten y se relajan, él trabaja, estudia y se disciplina todo el tiempo en pos de hacer realidad la vida que ellos sueñan. De allí que se entregue completo en cada batalla, aunque sepa muy bien que eso pueda significar regresar en partes. O jamás regresar.

El guerrero amable utiliza gran parte de su tiempo en depurar su estilo de todo lo ornamental; solo mantiene en el cruce sus propias tácticas y estrategias que, según su propia experiencia, resultan prácticas en situaciones de adaptación y cambio.

Sabemos que la angustia siempre empuja a retroceder, por eso el guerrero decidido es el ejemplo del sujeto que no se detiene ni retrocede ante nada, que marcha siempre hacia adelante, dispuesto a dar lo mejor de sí en cada situación que decide enfrentar. El buen guerrero siempre está dispuesto a hacer de cada obstáculo y cada limitación un desafío y una guerra contra sus propias debilidades. Y de cada desafío y cada batalla, un río y una orilla que cruzar y conquistar.

El verdadero guerrero no es el que pelea o confronta mejor, sino aquel que contra él no se puede pelear, pues es fundamentalmente un maestro en el arte del acuerdo, con una capacidad extraordinaria para aceptar las diferencias y conciliar, esmerándose siempre por encontrar un punto de encuentro con sus semejantes. Por eso decimos: el mejor luchador es aquel que sabe cómo “no estar ahí para ser golpeado”, porque su arte es saber cómo “estar aquí para ser amado”. Es el que nunca se ubica en el lugar del Otro (el enemigo, el odiado). Su posición es la de alguien que esencialmente sabe utilizar el poder de sus palabras para sostenerse a sí mismo en sus acciones, y en consecuencia, para vencer sin combatir.

El guerrero sabe que si camina solo, irá más rápido. Pero si camina acompañado, llegará más lejos.

Un auténtico guerrero jamás debe darse por vencido. Ni en el peor de los fracasos debe rendirse o pensar en rendirse. El hombre que piensa en rendirse ya se ha rendido; el hombre que piensa en triunfar es el que ya ha triunfado. Recuerda siempre que el éxito de un guerrero (la orilla espiritual

que lo encauza y sostiene el sentido de su cruce) puede estar más cerca de lo que tú crees que está, y no verlo. De hecho, puede estar al alcance de tu mano y sin embargo creer que nunca llegarás a él. Pon a trabajar eso en tu cabeza.